Newman por dentro

*por Owen Chadwick*

Newman y su mismidad

Hagamos de cuenta que es cierto que Newman tenía un pensamiento tan consistente como él creía—aunque después de su conversión del 9 de octubre de 1845 ya no se ufanaba de eso con tanta estridencia, no fuera a quedar menoscabado frente a los católicos a partir de su conversión en el pueblo de Littlemore. Hagamos de cuenta que efectivamente tenía una mente consistente: creciendo, articulando, arreglando, adquiriendo nuevas verdades a fuerza de meditar sobre otras más viejas e incluso—aunque eso no era en él lo habitual—a partir de noticias adquiridas en los libros; pero siempre un hombre con la misma mente, con la misma concepción intelectual, a lo largo de toda su vida; la misma pese a una conversión a la edad de quince años y otra a la edad de cuarenta y cinco; una mente con principios adquiridos de joven y luego expandidos, adaptados, reformulados y que, con todo, se podían reconocer como los mismos principios que siempre lo habían guiado—de tal manera que algunos de sus mejores escritos sobre asuntos que trató como católico se encuentran en libros que había escrito como protestante. Con esto no queremos decir que su intelecto no se movía; nunca se vio una mente más ágil, en permanente movimiento. Pero el movimiento consistía siempre en un crecimiento, nunca en una revolución. De vez en cuando se hallaba en un callejón sin salida por lo que no le quedaba más remedio que retroceder. Pero eso le ocurría mucho menos de lo que le sucede a la mayoría de las personas que piensan mucho. Si le daba por llegar a lo que parecía una calle cerrada, se detenía, y reconsideraba todo, atisbando hacia aquí o hacia allá, esperando… para finalmente descubrir que, pese a las apariencias, había una manera de seguir adelante.

Aquí no se trata de hacer una retrospectiva histórica para demostrar que presumimos poder ver el embrión de un cardenal en el chico protestante que resultó convertido por un maestro evangélico en el internado de Ealing.

En términos de su historia personal, los accidentes de la historia siguieron su curso. ¿Qué habría pasado si los *Fellows* del colegio de Oriel en Oxford, incluyendo el propio Newman, hubiesen elegido un rector diferente para su *College*? ¿Qué le habría ocurrido a Newman si el conservador Sir Roberto Peel hubiese podido conservar su puesto de primer ministro durante unos meses más y en cambio lo hubiesen elegido a Newman como profesor de la cátedra real de Teología de la Universidad de Oxford cuando se produjo la vacante de 1836—por lejos la mejor designación que jamás podrían haber hecho? ¿Qué hubiese pasado si los rectores de los distintos *Colleges* de Oxford hubiesen poseído un elemental sentido de justicia en el mes de marzo de 1841? Estos inútiles contra-fácticos sólo se postulan para destacar que la carrera de Newman, y por tanto el curso de la historia intelectual, podría haber tomado otros rumbos. Pero si tomamos su carrera tal como ocurrió, y su mente tal como creció, tomamos conciencia de que su inteligencia nunca se retractó sino en minucias.

El solitario

Por naturaleza, tanto como por gracia, Newman fue un monje. Nacido en 1801 y enviado a un internado a la edad de siete años, vivió sus restantes ochenta y dos años en comunidades masculinas: colegios, dos *Colleges* de Oxford, un “monasterio” en Littlemore, un *College* en Roma y el Oratorio de Birmingham.

No que tuviera en poca estima al matrimonio. Los recuerdos de su propia casa eran sumamente afectuosos. Reconocía que si marido y mujer viven juntos fielmente, crecen en generosidad y entrega. Amaba el bautismo como sacramento porque lo ponía feliz ver cómo hombres y mujeres traían a las almas de los más pequeños hacia Dios. Confesó que una esposa y los hijos son una bendición.

Mas para él el celibato era un único camino al que había sido llamado. De esto ya tuvo las primeras sospechas en su adolescencia. Para cuando joven tutor esa convicción se había asentado. Y a partir de allí, nunca dudó. El célibe puede darle más tiempo a su ministerio. Cuando por fin le ofrecieron el capelo cardenalicio, lo que normalmente significaba trabajar en Roma, puso como condición de su aceptación (formulado cortésmente para que no pareciese una condición) que no lo obligaran a dejar su pequeño “monasterio”.

*Los santos monjes escondidos,*

*En sus celdas o cantando,*

*En valles helados o campos encendidos*

*Los santos monjes… los voy amando.* [[1]](#footnote-1)

Este poema es de 1850.

Los años tempranos de Newman coincidieron con la época del romanticismo. Se vio conmovido por aquel espíritu que hallaba las ruinas de los monasterios como cosas poéticas y dignas de alabanza. Cuando escribió acerca de los monjes, lo hizo con una felicidad idealizada que no siempre resultaba exactamente histórica, pero que manifestaba clarísimamente cuál era su ideal de vida. El mundo es variopinto, complejo, con muchos hombres tras fines muy diversos. El claustro está siempre muy enfocado; unos pocos hombres tras un solo fin; un refugio para almas afligidas que se alejan del mundo en busca de una obra que no se mezcla con las corrupciones de la sociedad y que, por la concentración que logran, hace posible una adoración ininterrumpida, sin solución de continuidad; una vida en la que cada día se vive como el último, en el que cada hora resulta perfecta, un lugar en el que las acciones diarias no forman parte de un gran plan o cálculo; el alma tratando de conformarse con la voluntad de Dios instante a instante. Newman amaba el romanticismo de los monjes—la naturaleza redimida, los eremitas con sus animales amigos, los hermanos humildes, el arroyo borboteando entre las rocas, los amables confesores. Después supo construir su propia vida en un humeante y contaminado suburbio de una de las ciudades menos románticas de Inglaterra. Y sin embargo, incluso cuando escribía acerca de la poesía de los monjes, semi-concientemente hizo el retrato de su propia vocación: un hombre para el cual el cielo está detrás de la puerta; y que no hace planes, ni desea ver más allá de un paso por vez; para el cual a cada día le basta su propio afán; y así cumple con sus deberes, y reza, y medita, y estudia, y escribe, y enseña, y vuelve a consultar las Escrituras, de donde emanan desordenadamente las verdades sobre Dios, como los árboles y las flores en el Jardín del Edén.

En todas sus comunidades, siempre tenía un amigo íntimo: Hurrel Froude en Oxford; Ambrose St John en Littlemore y Roma y Birmingham; el joven William Neville después de que Ambrose St John falleciera. A Newman siempre le resultaba indispensable contar con un amigo íntimo, el preferido. Pero a pesar de su dependencia de otra persona, y a pesar de su pertenencia a un comunidad, hay una característica de su alma que lo hace más parecido al anacoreta que no al religioso de vida cenobítica; una idea que siempre lo acompañó desde su más tierna infancia, la sensación de que sólo hay dos seres en el mundo, él mismo y su Creador.

Newman no era un tipo extrovertido. Era un hombre para sus íntimos y para sus amigos. Como superior de una comunidad lograba la absoluta lealtad de sus subordinados quienes invariablemente sentían que le debían el alma. Pero allí donde hubiera caso de quien no sintiera eso, los que no tenían ningún *rapport* natural con él, sentían que el abismo que los separaba era muy difícil de cruzar. A veces permanecía muy silencioso; un poco porque era tímido, pero más que eso, porque resultaba que no tenía nada que decir. Encontramos miembros de su comunidad que atestiguaron que Newman era un tipo frío, o incomunicativo, o falto de afecto, que mantenía distancia de la gente. Los que conocemos más acerca del interior de Newman, los que sabemos de sus afectos humanos, nos sorprendemos ante estos veredictos. Pero el caso es que se repiten demasiadas veces como para interpretarlos tan sólo como quejas de almas pequeñas o resentidas. A él, el comedor principal de Oriel se le hacía como un lugar de las más aburridas de las conversaciones, y también hallaba el recreo entre sus oratorianos como una cosa tediosa por demás y no se le ocurría nada que pudiera promover alguna clase de intercambio más o menos inteligente.

Cuando se encontraba entre extraños la timidez lo acorralaba. Uno de sus amigos inventó un dicho acerca de él: que cuando su boca se abría parecía que no se cerraría nunca; y que cuando se cerraba parecía que no volvería a abrirse nunca más. Una vez, estando en Roma, describió como llevaba la vida de un recluso, agregando: “¿Y qué ganaría yo con salir afuera?”—y no se refería a su incapacidad para la lengua italiana sino a esto que le pasaba, esto de que no sabía qué decir. Estos silencios lo afectaban muy en particular cuando disentía con quién estaba hablando. Cuando había un malentendido, y luego se realizaba una reunión para aclararlo todo, a veces esa reunión pedía luego otra más para aclarar otro malentendido adicional. No le salía franquearse con el otro. Un amigo suyo consideraba que esto no era en razón de una sensibilidad excesiva o por falta de afecto, sino por una especie de incapacidad *física* para remover una barrera y no saber cómo hacerlo. Durante semanas estuvo sin hablarle a un amigo cercano por mucho que se encontraran todos los días, hasta que el otro se empezó a preguntar qué era lo que había pasado entre ellos; y finalmente Newman le escribió una carta, enviándole su bendición y para decirle que le escribía porque a menudo, al verlo en los recreos, no sabía de qué hablarle.

Y luego, había un asunto moral en su actitud: el peligro de la lengua. Muy temprano en su vida adquirió algo de temor a la charla trivial. En su experiencia eso fácilmente podía derivar en una conversación vacía o maliciosa. Podía degenerar en una conversación en la que se juega a ser el sofista más hábil. A veces eso conducía hacia debates teológicos en los que la gente discutía acerca de asuntos sagrados como si no lo fueran. Nunca perdió esta aprehensión frente a la charla trivial. Una vez exhortó en una de sus homilías con la sorprendente fórmula, “Tratemos de evitar las conversaciones, de todo tipo”.

Pero también había algo más en esta su actitud: la impresión de cuán pobres resultan las palabras en este mundo corrompido. Tenemos sentimientos verdaderos. Pero las palabras nos impiden explicar la realidad de esos sentimientos; de manera que aparecemos fríos ante los otros, cuando no es el caso.

Estaba siempre conciente de estar solo, pero nunca se sintió solitario, nunca sintió soledad. Tenía mucha más conciencia de estar aislado de sus contemporáneos que aquella otra de pertenecer al mismo género humano. Piensa acerca de Adán en su jardín, un solo hombre en el mundo, y en esa misma soledad Newman encontraba algo perfectamente inocente, algo perfectamente feliz. Cuando contemplaba a un bebé lo veía enteramente dependiente, y sin embargo apartado de la sociedad de los hombres, incapaz de comprender ni de comunicarse, separado del mundo por un cerco—igual que Adán en su jardín. Cuando observaba a los transeúntes apresurándose por la vereda, los podía contemplar con la sensación de que cada uno era el centro de su propio universo y que debajo de cada piel yacían honduras insondables. Se maravillaba ante la singularidad, la originalidad de cada individuo, millones pertenecientes al género humano y cada uno tan distinto, como si cada flor tuviese su propia especial fragancia.

Aunque se trataba de un gran hombre de Iglesia que revivió en sus contemporáneos la inteligencia de qué cosa esencialmente es la Iglesia, su intelecto lo convertía en un solitario; un amigo, pero no sociable; uno capaz de compadecerse por los demás pero no un hombre para las muchedumbres. “Aunque estemos en medio de una multitud”, dijo una vez, en una de sus prédicas, “aun así, seamos como anacoretas en el desierto”. La vida más verdadera se vive en soledad. Meditaba acerca del hombre solitario, capaz de soportar su propia compañía y gozarse en ella, puesto que en eso consiste la gracia de Dios en su interior. Solía citar el viejo dicho, *“Nunca menos solo que cuando solo”*. Tenía conciencia de una paz profunda en la vida de la fe; nunca en la superficie; una paz invisible para el mundo, “como una fuente en un lugar umbrío y retirado, de difícil acceso”.

La vida social se le hacía llena de pompa; sus formas, rituales exteriores, sus ceremonias vacías. Sentía simpatía por los jóvenes que reaccionan contra las convenciones del mundo y en una ocasión comparó a rebeldes como esos a los primeros cristianos. Esto se emparentaba en alguna medida con su propio retiro; su sotana raída en notable contraste con los inmaculados pañuelos de seda de una época exitosa. En 1872, un entrometido sacristán lo echó de la catedral de San Pablo, en parte por sus vestidos harapientos (se trataba de un saco “nuevo” sino que había quedado colgando en su ropero, sin usar durante años de años). A él no le importaba.

Sabía que parte de su retiro, quizás la parte principal, no era vivido como un ejercicio ascético, sino como una cosa placentera. “Me gusta andar a mi manera… viviendo sin pompa ni función y sin compromisos urgentes. Si me obligan a vivir como funcionario oficial no valgo nada; déjenme con mis soledades, y de vez en cuando haré alguna cosa”.

Le encantaba la monotonía de la vida en comunidad. Pensaba de su habitación o celda como un nido del que le disgustaba alejarse. Dedicaba mucho tiempo del día a sus escritos—de allí su impresionante colección de cartas. Pensaba sobre papel.

Detrás de una fachada restringida o severa latía un hombre demostrativo por demás. El héroe en una de sus novelas besa los sauces que ama. Newman besó encendidamente la carta que le comunicaba que un amigo había sido elegido “Fellow” de Oriel. Sus profesiones amicales podían sonar incluso excesivas. Bajándose del carruaje que acababa de llegar a Roma, cruzó la ciudad descalzo para decir sus oraciones en la basílica de San Pedro. Cuando finalmente dejó Littlemore, besó la cama y la repisa y otras partes de la casa. Cuando un navío, llevando suministros para las tropas en Crimea, se hundió en una tormenta, estalló en lágrimas mientras leía el diario. Cuando se murió uno de sus mejores amigos lloró amargamente sobre el ataúd. Cuando volvió a visitar a Littlemore, algo así como un cuarto de siglo después de haberlo dejado, un clérigo de la iglesia anglicana lo reconoció y le suplicó que fuera a visitar a un viejo amigo, ahora confinado a la cama; entonces Newman estalló en lágrimas y se quejó “¡Oh no! ¡Oh no!” pero luego acudió.

Que nada de todo esto le sea permitido ingresar a su propia religión es tanto más de notar. Desconfiaba del lenguaje sentimental y descontrolado tanto en la piedad evangélica como en la superstición católica. Le disgustaba esa apelación lisa y llana a los sentimientos. Como todos los viejos hombres de la iglesia *High Church* había heredado el temor de cualquier forma de *entusiasmo*, y se retraía ante manifestaciones emotivas de la religión, en la convicción de que la exterioridad febril no es sino indicativa de error.

Los que vieron a Newman celebrar la Eucaristía eran concientes de que estaba muy unido a Dios. Pero rezaba con estilo propio. Tenía una mente vivaz y habitualmente no podía quedar en silencio durante mucho tiempo. Necesitaba mucha materia para sus oraciones, y se valía de mucha reflexión sobre los textos bíblicos además de las páginas de los autores devotos. Sus maneras no eran las habituales. Pensaba mejor con pluma y papel, y la oración no era excepción. Desarrollaba párrafos, bosquejaba expresiones poéticas y guiaba su mente para lograr la expresión de una faceta de la fe o de la esperanza. Los devocionarios a los que acudía no eran habitualmente los clásicos. Casi cualquier cosa le servía, sobre todo si le había sido arrimado por un amigo. Sería dable esperar en este hombre que disfrutara de la oración. Pero el caso es que eso ocurría pocas veces; las más de las veces sufría de aridez encontrando la oración más un deber que no un placer. Y sospechaba que las consolaciones de la oración podrían traer consigo sentimientos menos fructíferos, vanidad en la devoción, o emociones, o auto-complacencia; y a él le parecía que la oración debía ser normal, sobria, induciendo a la quietud y pacífica. Newman no era un hombre para largos silencios o repentinos arranques emotivos. Necesitaba y supo señalar la necesidad de acudir a los formularios de oración donde uno hallaría palabras normales, cortas, sencillas, fáciles de decir y nunca tan elaboradas que resultasen excesivamente exigentes para el intelecto o tentándolo con el formalismo. Amaba y revivió el uso de las *Oraciones Privadas* de Lancelot Andrewes, un obispo de la primera parte del siglo XVII; y estas no constituyen sino una cadena de frases tomadas de la Escritura, originales en su armonía y no porque fueran palabras del obispo, sino porque el genio está en la concatenación de textos escriturísticos y porque casi nunca tiene párrafos de más de dos o tres líneas. Una vez Newman definió su propia ideal de esta manera: “Usar el lenguaje más llano, más humilde, más calmo, más conciso que podamos”.

Este espíritu reservado de Newman desilusionaba a más de uno. ¿No sería que nos podría haber descubierto los secretos del universo y en cambio todo lo que nos dice es que usemos un lenguaje llano, usando frases comunes? Él era un poeta. Pero el hecho era que temía la falta de realismo en el caso de exceso de poesía. Nosotros escribimos acerca de los misterios de la creación y nuestro lenguaje exalta nuestras mentes al punto en que llegamos a exaltarnos a nosotros mismo: ¿es eso realismo?

Cuando le daba por soliloquios como estos cargados de un humor solitario, frecuentemente caía en la melancolía. En casos extremos se sentía como al borde de la nada. Era precisamente esta sensación la dominante y la que le dio tanta fuerza a una de las más conmovedoras de sus poesías, una de las más perdurables de la literatura cristiana, *El sueño de Geroncio* (1865). En ella un alma se aproxima al umbral de la muerte, el corazón helado, con una sensación de haber sido abandonado, de vacío, y de estar cayendo en un abismo informe con el consiguiente horror mientras va cayendo en una nada infinita, con su única esperanza puesta en sus amigos y los santos. Y luego el alma con un gran esfuerzo hace un acto de fe y de aceptación del dolor y del temor para finalmente compartir con otros la adoración de su Huésped Celestial: y así resulta escoltado en el cruce del río para ser purgado, y consigue dar de mano con sus miedos y encuentra paz y oye a los ángeles cantando una canción como un viento de verano soplando entre las casuarinas; y la letra de esa canción le llega como en un eco de su estribillo:

*Alabado sea el Santísimo en las alturas*

*Y que en las profundidades haya alabanza,*

*En todas sus palabras toda la hermosura*

*En todas una gran enseñanza…*

*Y que un don más alto que la gracia*

*Carne y sangre pudiera refinar*

*La presencia del mismísimo Dios*

*Y su Esencia toda divina. [[2]](#footnote-2)*

Newman, que amaba la Teología porque trataba de Dios y tenía en poco aprecio a la lógica porque no trataba sobre Dios, se habría sonreído con el debate que se armó a propósito de este último verso, en qué sentido podía predicarse que la *presencia* sea un don más alto que la *gracia*.

Estos humores o melancolías se ven reflejados en sus cartas. Cuando se sentía abrumado, describía estos estados de ánimo en cartas a sus amigos. Las peores oleadas de melancolía lo afectaron durante la década de sus cincuenta años y principios de sus sesenta y luego al finalizar los setenta; mas no eran esas sus únicas épocas negras. De todos modos debemos ser cautelosos y no creer que vivía deprimido. Cuando estaba de buen ánimo apenas si le escribía a sus amigos, a diferencia de cuando sentía que la tristeza lo acechaba.

De manera que este era un hombre apartado del mundo; y debido a su apartamiento, el suyo era un intelecto solitario. Cuando tenía veinte e incluso hasta cumplir los treinta años de edad, sus colegas y amigos de Oxford ejercieron sobre él gran influencia. Pero para cuando había cumplido treinta y cinco, ya se había convertido en un pensador solitario. Sus ideas se desarrollaban a fuerza de meditarlas en soledad. Leyó muchos libros, y pensó mucho sobre ellos, y ocasionalmente los discutía con otros. Pero su intelecto era siempre el suyo. Los católicos lo mandaron a Roma a estudiar las leyes del pensamiento escolástico tal como lo enseñaba el más prolijo de los teólogos de entonces, Giovanni Perrone. Newman se sentaba en el banco como un alumno de colegio, manso y con docilidad. Pero de eso no tomó prácticamente nada. Perrone lo respetaba a Newman y lo creía peligroso; Newman respetaba a Perrone y lo creía árido. El contraste entre estos dos pensadores no podía ser mayor. Un poeta versus la más prosaica de las inteligencias; una pluma fluida y fructífera versus una pluma convertida en un sistema de archivos; la audacia versus una ciega adhesión a la tradición; un hombre de conciencia versus un lógico; un tutor de Oxford versus un seminarista aventajado; y finalmente un oratoriano pletórico de ideas versus un jesuita—las dos mentes estaban tan distanciadas que tenemos que suplicar se nos concedan gracias especiales para entender cómo estos dos llegaron a profesarse recíproco respeto.

Los pensadores solitarios son menos fáciles de seguir que los filósofos de las escuelas establecidas. Los lectores y sus oyentes se preguntaban qué quería decir con lo que decía, se preguntaban si las implicancias obvias eran intencionales, jadeaban y se quedaban sin aliento tratando de seguirlo, y muchas veces—especialmente cuando se trataba de los guardianes de la ortodoxia, fuera esta protestante o católica, lo mismo daba—se mostraban perturbados y escandalizados. Si se escandalizaban, sus seguidores escribían desagradables pequeños artículos en los diarios. Mientras fue protestante, los tutores y los rectores y los obispos escudriñaban sus escritos no fuera que resultaran discordantes o impropios de un clérigo inglés. Mientras fue católico, los censores en Roma estudiaban detenidamente sus escritos no fuera que resultaran heréticos u ofensivos para píos oídos, o imprudentes, o simplemente impropios de un sacerdote disciplinado. Sus procesos mentales eran de su propia industria y si sorprendía con eso a los demás, a él lo tenía sin cuidado.

Durante el único período en que contó con pares a su altura en su comunidad—los años de Oriel College, especialmente los primeros—aprendió mucho en los duelos académicos y más todavía mediante el proceso de ósmosis intelectual. El caso más importante de este tipo de ósmosis resultó de conocer y tratar a aquel vicario tan dulce y tan santo, además de buen poeta, como lo fue John Keble.

Su retiro a un monasterio fue también un retiro a una especie de cueva de ermitaño mental. Ni Littlemore ni Birmingham fueron comunidades de monjes estudiosos. Se trataba de pastores y confesores y hombres de oración, además de maestros de escuela. Ninguno de los miembros de estas dos comunidades alcanzaban las alturas intelectuales de Newman. Eso fue una lástima. Meditaba, y bosquejaba, y luego rompía lo que había escrito, para volver a meditar. No ponía a prueba sus ideas y opiniones bajo el escrutinio de un par intelectual.

Aquí reside la causa de que el lector de Newman a veces tiene la impresión de que su inteligencia está *encerrada*. No que fuera de mente estrecha, había leído demasiado para que le pasara algo así; por lo demás era demasiado original, demasiado audaz para eso. Pero cualquiera que observa a Newman hacer extrañas inferencias modernas a propósito de sus estudios sobre los monofisitas del siglo quinto, o examina su furia por razón de un torpe plan para erigir un obispado en Jerusalén, cae en la cuenta de que su perspectiva de ermitaño ha ceñido un tanto su mente con una especie de cerco bajo. No siempre veía todo en su exacta dimensión.

Timidez intelectual

Como pensador, Newman no se creía gran cosa. Uno de los momentos más edificantes—heroico incluso—de su vida, fue cuando tuvo que sentarse en un banco en Roma para su segunda formación como sacerdote. Respecto de todas las cosas que más le importaban, en lo que se refiere a las cosas que realmente importaban y que sucedían en el mundo moderno, él las entendía bastante mejor que sus profesores. No mostró el menor resentimiento, casi nunca una señal siquiera de impaciencia. Creía que tenía mucho que aprender.

Esta actitud tan humilde respecto de su propia inteligencia, desembocó en extraños usos de su tiempo. Se tomó semanas enteras de licencia para ocuparse de cosas sin gran importancia en un pensador de su talla. Escribió un par de novelas, ninguna demasiada buena, ambas sólo interesantes para su propio autor. Se pasó horas releyendo piezas teatrales romanas en manuales para escolares. Cuando finalmente se avino a redactar trabajos perdurables de teología, se comportó de manera rara. Los hizo sonar muy dubitativos; que era lo que él entendía que eran.

El gran estudioso francés de la vida espiritual, Henri Brémond, dijo de Newman que de entre todos sus pares intelectuales, fue el menos inquisitivo de todos. Este sí que es un veredicto injusto. El intelecto de Newman siempre se esforzó hasta los confines mismos del saber. La verdad que se esconde bajo esta acusación se expresa mejor de este modo: y es que Newman tenía un sentido tan profundo de los misterios del universo que se mostraba algo escéptico respecto de las posibilidades de aprender algo a fuerza de explorarlo. La mente de un hombre puede alcanzar sombras de la verdad, y dar con probabilidades, y aun contar con repentinos relámpagos de saber en forma de intuiciones. No tiene demasiado sentido trabajar incesantemente para construir una torre con el intelecto que sólo coartará la realidad y encarcelará a la verdad de tal manera que ya ni siquiera será la verdad. Su timidez respecto de su propia vida intelectual constantemente ponía trabas a sus propios procesos mentales. Él concebía sus trabajos intelectuales como un gran esfuerzo por ingresar a un laberinto, o como quien se empeña en hallar el punto débil de una fortaleza. Pero no sólo eso: también consideraba sus esfuerzos como de uno que está perplejo: la fortaleza resultaba inexpugnable. Bien sabía que contaba para eso con un cuchillo afilado y su filo no había sido limado por razón de sus devociones o respeto por la autoridad. Sin embargo, aun sabiendo de la agudeza de su intelecto, eso no lo ensoberbeció ni disminuyó en nada su desconfianza de su propia inteligencia. La posesión de un instrumento quirúrgico no es útil para quien quiere sitiar un bastión.

No soportaba ser tratado como un oráculo, o un hombre santo, o un sabio. Odiaba toda forma de inflación personal como cosa irreal.

Respecto a esta desconfianza de sí mismo, el caso más extraño de todos resulta ser cuando los años posteriores al 9 de octubre de 1945, su período de *convertitis*.[[3]](#footnote-3) En Gran Bretaña el populacho se había alzado contra los católicos. Temían los salarios bajos que venían con los inmigrantes irlandeses, y por tanto, lo ignoraban todo y creían cualquier cosa. Durante varios meses de los años 1850 y 1851, los oratorianos que se aventuraban a salir a la calle se arriesgaban a ligar ladrillazos. Con esta mezcla de furor y estupidez, Newman podía divertirse a sus anchas, a veces en son de suave burla, a veces distinguiendo claramente, a veces encantando: pero necesariamente se divertía menos cuando enfrentado a los contra-prejuicios de los conversos que a veces también escribían salvajemente. Y aquí se dio una rara yuxtaposición; un hombre refinado perdiendo el tiempo con basura como *María Monk,* [[4]](#footnote-4) fábulas que no merecían se les prestara la menor atención si no fuera que se lo citaba en las tarimas de la alcaidía de Birmingham. El lector se ríe, pero es triste contemplar cómo un intelecto tan sutil como el de Newman se empeña en demostrar la falsedad de lo que ninguna persona instruida jamás podría creer. Es como si un hábil y experimentado cirujano experto en operaciones harto complicadas, se ofreciese de voluntario para pasarse durante meses enteros vendando los sabañones de los niños de la escuela primaria del vecindario. Venda con gran estilo y todo el mundo disfruta de su pericia. Y con todo, uno no puede sino dudar de que esa sea su verdadera vocación. Nadie ocuparía tanto tiempo destruyendo la reputación de un inútil fraile italiano como Achilli, a menos que tuviese una opinión muy baja de sí—de sus propias habilidades y talentos—para contribuir a la ciencia de la teología.

\*

Fuente:

*Newman*, Owen Chadwick, Oxford University Press, 1983, pp. 5-16.

Tradujo Jack Tollers.

1. *The noly monks, concealed from men, / In midnight choir, or studious cell, / In sultry field, or wintry glen, / The holy monks, I love them well.* [↑](#footnote-ref-1)
2. *Praise to the holiest in the height, / And in the depth be praise: / In all His words most wonderful, / Most sure in all his ways…/ And that a higher gift than grace / Shoud flesh and blood refine, / God’s presence and his very self / And Essence all divine.*  [↑](#footnote-ref-2)
3. Estamos tentados de bosquejar una definición del divertido neologismo del autor, “convertitis”. Por ejemplo, “afección común de los recientemente convertidos a una religión que frecuentemente los muestra entusiastas en sus devociones, febriles en sus convicciones, desordenados en sus afectos, escrupulosos y casuistas en materia moral e inconsistentes en sus ideas.” Je. [↑](#footnote-ref-3)
4. Se refiere al libro de la supuesta monja canadiense intitulado *“Las horribles revelaciones de Maria Monk o Revelación de los secretos ocultos en la vida conventual de una monja”* (1836) en el que se denuncia largamente que las monjas de su convento tenían relaciones sexuales con los sacerdotes, que había un pasadizo secreto entre el convento y el seminario vecino, que los niños nacidos de estas fornicaciones eran bautizados y luego eliminados, etc. etc. El libro fue un verdadero *best-seller,* constituyó la delicia de los protestantes (además del editor) y se tardó bastantes décadas en establecer que era todo fábula y que la autora ni siquiera había sido monja. [↑](#footnote-ref-4)